

Alicia —. ¡Me alegra tanto que se haya ido! ¡Creí que estaba anocheciendo!

—Si pudiera ponerme contenta — exclamó la reina —. ¡Pero no recuerdo la manera de hacerlo! Tú podrías ser muy feliz viviendo en el bosque y alegrándote cuando se te ocurriera.

—Pero es muy solitario — repuso Alicia con voz melancólica, y el recuerdo de su soledad hízole derramar dos gruesas lágrimas.

—¡Oh, no sigas! — rogóle la reina retorciéndose las manos con desesperación —. ¡Considero cuán excelente niña eres! ¡Considero la terrible caminata que has hecho! ¡Considero la hora que es! ¡Considéralo todo tú también, pero no llores!

Alicia no pudo menos que reírse, aun en medio de sus lágrimas, al oír estas palabras.

—¿Y tú puedes abstenerte de llorar considerando cosas?

—Eso es lo que debe hacerse — repuso la reina con decisión —. Nadie puede hacer dos cosas a la vez. Empecemos por considerar tu edad. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo exactamente siete años y medio.

—Puedes ahorrarte lo de «exactamente». Puedo creerlo sin esa palabra. Ahora te diré algo que también puedes tú creer. Yo tengo, justos, ciento un años, cinco meses y un día.

—No puedo creerlo.

—¿No puedes? — lamentóse la reina con voz muy triste —. A ver, prueba otra vez. Respira fuerte y cierra los ojos.

Alicia comenzó a reír.

—No es costumbre hacer esas pruebas. No pueden creerse cosas imposibles.

—Yo más bien lo atribuyo a falta de práctica — con-

testóle la reina —. Cuando yo tenía tu edad, hacía todos los días media hora de ejercicio. Algunas veces creí hasta seis cosas imposibles antes del desayuno... ¡Oh, el chal! Se me escapa otra vez!

En efecto, se le había desprendido el broche mientras hablaba, y un repentino golpe de aire se lo llevó al otro lado de un pequeño arroyo. La reina, extendiendo los brazos, voló en su persecución, y esta vez lo obtuvo sin ayuda ajena.

—¡Ya lo tengo! — exclamó con aire de triunfo —. Y ahora vas a ver como yo misma me lo sujeto.

—¿Está mejor tu dedo, entonces? — preguntó Alicia con mucha cortesía, cruzando el arroyo en pos de la reina.

* * * * *
* * * * *

—¡Oh, mucho mejor! — gritó la reina, y el volumen de su voz iba en aumento y era más ronca —. ¡Mejor! ¡Me...jor!! ¡¡¡Mejor!!!... ¡¡¡Mee...!!!

La primera sílaba era tan exacta al balido de una oveja que Alicia retrocedió asustada. Contemplaba a la reina, quien repentinamente apareció cubierta de lana. Alicia frotóse los ojos y volvió a mirarla. No acertaba a darse cuenta de lo que había sucedido. ¿Estaba en una tienda? ¿Era realmente *aquello*... ¿era *eso* que estaba sentado detrás del mostrador una oveja? Aunque se frotase los ojos cuanto quería, no podía quitársela de delante... Hallábase, en efecto, en una pequeña tienda, detrás del mostrador, con los codos apoyados sobre él y, sentada en un sillón, una oveja ya bastante anciana, estaba haciendo calceta; de cuando en cuando interrump-